

Manuel Sauceverde
gato vivo, hombre muerto
Ciencia Ergo Sum, vol. 13, núm. 3, noviembre-febrero, 2006, pp. 333-337,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10413313>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

gat viv hombre muerto

Manuel Sauceverde*



Gato vivo

El silencio no es absoluto.

Con las rodillas flexionadas oprimiendo su tórax, el hombre vuelve a gritar, furioso:

—¡Por favor, déjenme salir!

Nadie responde ni responderá. La caja en la que se encuentra encerrado es hermética, el sonido de su voz no podrá escucharse fuera de ella.

El mundo exterior está sordo de lamentos, resignado a una muerte secreta.

—¡Por favooooor!

Cada nuevo sollozo revienta en el vacío y enrarece más y más el aire. Por momentos, el hombre no consigue respirar con naturalidad. La presión sobre sus pulmones es tan dolorosa que lo obliga a enmudecer y a retorcerse en el poco espacio disponible.

Pero morir de asfixia no es probable. La prisión ha sido diseñada para evitarlo.

Todo está perversamente calculado.

Los observadores no pueden concederse ningún error.

Sin aliento, el hombre lanza un alarido casi animal. En seguida, con los ánimos

mermados, se encomienda al enigma de la incertidumbre, a esa viscosa sensación que recorre su espalda y le gruñe con insistencia al oído los horrores que se avecinan.

* * *

Apenas al abrir los ojos después de unos segundos (¿minutos? ¿horas?) el hombre sabe que algo ocurre. De alguna forma, la insufrible presión sobre su pecho agudiza sus sentidos. Al principio no logra distinguirlo, pero luego de un rato en momentánea quietud, escucha con claridad un ruido que se hace cada vez más fuerte. Como pequeñas piedras que chocaran con las paredes y el techo, aún contra su piel.

¿Será acaso el colapso de...?

Con rapidez, el hombre voltea hacia una de las esquinas de la caja.

Un suspiro de alivio lo conforta: al fondo, suspendido en el techo, cerca de una pequeña lámpara intermitente, el frasco con gas venenoso está intacto.

El cañón de partículas no ha sido accionado todavía.

Entre la fe y la incredulidad, un soplo.

Entre la certeza y la duda, un soplo.

Ornar Khayyam

Premio Nacional de Ciencia Ficción.
Año Internacional de la Física, UNAM
Diciembre 2005.
Gollardos.
Correo electrónico: sauceverde@hotmail.com

Sin embargo, ese ruido de polvo continúa, y esa canción que no logra recordar:

Nunca la vida es nuestra...

* * *

Primero son alfileres que golpean los muros, astillas de éter y ceniza; después, hambrientas bocas que gimen en el aire; finalmente, parásitos que desovan en su carne óvulos de luz.

El hombre procura calmarse. Quizás la escasa iluminación, el silencio y el maldito miedo han creado espejismos que su mente supone reales. La locura es común entre los condenados a muerte.

Un vértigo momentáneo lo obliga a morderse los labios.

—Las partículas no pueden verse... —piensa—. Mucho menos tocarse...

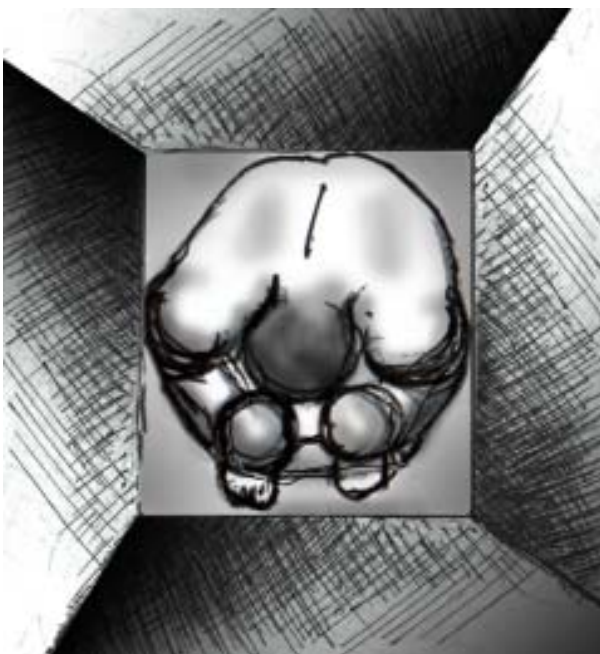
Incapaz de pensar en nada, el hombre cierra los ojos: ha llorado demasiado.

Los observadores

—¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó Niels para corroborar su última resolución.

Antes que Gell-Mann, Octavio o Caeiro pudieran hacer uso de la palabra, Albert se levantó de su silla. Estaba notoriamente molesto. No era común verlo así; por lo general, era un hombre con un gran sentido del humor, aun en las más encendidas discusiones.

—Sus conjeturas son absurdas —su voz era estricta, rigurosa. Sobre la mesa de trabajo colocó cuidadosamente los documentos matemáticos que avalaban su protesta—. Usted y Octavio se equi-



vocan al aseverar que las cosas existen sólo cuando son observadas.

Afuera, la lluvia hería a la tierra con violencia.

—Me permito recordarle, estimado Albert... —interrumpió Octavio con gentileza—, "nosotros hemos hecho los correspondientes estudios y...

—¡Tonterías! —Albert se impacientaba—. Sus resultados son meras especulaciones. ¡Ideas anticuadas que no demuestran nada!

Octavio miró de soslayo a Albert. Al parecer, su hipótesis de que el mundo estaba fuertemente condicionado por la visión individual no lo había convencido. De cualquier forma, la visión y criterio de Albert y su grupo eran tajantes. Ellos buscaban que el Universo fuera explicable dentro de la lógica humana; hallar de alguna manera su carácter determinista.

—¡La luna existe aunque no se mire! ¿Cómo pueden afirmar que la realidad no prevalece en ausencia de observación?

—Lo que decimos es que la realidad es una superposición de dos estados distintos —Niels llenó por tercera vez en la noche su copa con coñac. Octavio, cruzado de brazos, movía la cabeza afirmativamente—. Uno sucede y el otro no. Y mientras un observador consciente no provoque el colapso entre ellos, ambos momentos existirán como una sola cosa.

Albert intercambió una mirada furtiva con Caeiro y Gell-Mann. —Así que... —Niels dio cuatro pasos hacia uno de los rincones de la habitación y continuó—,

si nadie de nosotros mira dentro de la caja, el hombre vivo y el hombre muerto coexistirán.

—¡Patrañas! —exclamó Albert. A continuación soltó una lacónica carcajada—. El hombre dentro de la caja está muerto. No se necesita ser un erudito o un observador consciente para saberlo.

—Comparto su visión, profesor Albert —Caeiro se dirigió a Niels, desafiante—: Ser una cosa es no ser susceptible de interpretación. Cada cosa es lo que es...

Octavio no pudo contenerse, su rostro era una mueca de impaciencia. Por alguna razón, Caeiro lo sacaba de quicio. Quizás su retórica indolente y su vida libertina jugaba un factor decisivo. No toleraba discutir con alguien sin filiación política, casa propia o empleo perdurable:

—¡Poeta materialista! —vociferó.

Caeiro, con el seño fruncido, le lanzó una mirada incisiva. Una mezcla entre rencor y tedio.

—Tú, Octavio, ves una doble significación en todas las cosas. Pero te equivocas, basta existir para ser completo.

Un golpe sobre la mesa no se hizo esperar.

—¿Es que acaso no te importa la construcción íntima del Universo?

—¿Construcción íntima del...? Es increíble que se pueda pensar en cosas así —expresó Caeiro con dureza—. Me gusta que todo sea real. Y que sea como es: único e indivisible.

Ofendido por algún motivo. Octavio se abalanzó sobre Caeiro. A pesar de la vejez, su cuerpo asemejaba un vertiginoso látigo.

—¡Yo te enseñaré lo indivisible en mis puños! ¡Poeta de mier...!

El insulto no se concluyó. Una sonora bofetada hizo tambalear a Octavio.

—Guarden la compostura, señores— Gell-Mann habló lo más tranquilo posible, como quien se preocupa por quedar bien o como si fuera ajeno a la discusión; sin embargo, el acento de su voz era contundente—. Para eso estamos aquí: hallaremos las respuestas en el laboratorio y no en los abismos de nuestros cerebros. Si no desean intercambiar lugares con el hombre dentro de la caja, les sugiero seriedad...

Octavio, sorprendido por su atrevimiento, se ruborizó. No podía creer que hubiese perdido la cabeza tan a la ligera. Aún sentía un poco de ira, pero el miedo a que Gell-Mann cumpliera sus palabras le hizo sosegar. Era mejor una humillación momentánea a padecer la crudeza del encierro.

Cerca de la ventana, Albert encendió su pipa y fumó de ella con serenidad. El humo parecía una nebulosa girando peligrosamente hacia la nada. Mientras tanto, Caeiro, bastante malhumorado, tomó su respectivo asiento, en esquina contraria y a una dis-

tancia prudente a Octavio y Niels. Luego se sirvió el último trago de coñac y lo bebió en silencio.

—Ahora prosigamos el experimento. Tarde o temprano sabremos si Dios y sus demonios juegan o no a los dados.

El otro

Todavía hay una posibilidad de salvarse.

El hombre recuerda la fórmula exacta, la ecuación con la cual puede librar su pellejo de una muerte injusta. En su mente se dibujan cada uno de sus componentes, algo borrosos, pero logra identificarlos. En voz alta enuncia (o cree hacerlo) aquella maraña de variables: *la posición de una partícula atómica es igual al cociente de la energía por la unidad de frecuencia de cada cuanto de luz entre el producto de la velocidad de la partícula...*

El hombre suspira. Gracias a esa extraordinaria igualdad es posible ubicar la posición de cada una de las partículas lanzadas por el cañón de fotones hacia el frasco con veneno.

Una carcajada inaudible:

Yo las atraparé a todas..

* * *

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!
—el hombre golpea su nuca contra la pared. La sangre empapa su cuello, se

escurre y entremezcla en un afluente de sudor y lágrimas—. ¿Debo conocer la posición o su velocidad?

Desgraciadamente, necesita saber ambas. Sólo así inferirá la trayectoria de la partícula que romperá el frasco.

Pero aunque esfuere al máximo su intelecto para resolver aquel sádico acertijo, cuanto mayor sea la exactitud con que conozca la posición, mayor será su error en la velocidad, y viceversa.

Nunca podrá saber la senda que recorrerá su verdugo.

Además, ¿qué pasaría si lograra atrapar no sólo uno, sino millones de átomos con las manos desnudas?

* * *

—La vida es peligrosa —solía decir Albert. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa.



El hombre intenta cavilar una idea para no darse por vencido:

Si nosotros miramos desde la vida...

¿Habrá alguien que observa desde la muerte?

* * *

Quizás él no está allí, enlatado como una sardina humana. Quizás sus piernas y brazos amordazados, su cabeza rota inclinada sobre su pecho, su impotencia de títere son tan sólo una fantasía.

Tal vez, él es la grotesca alucinación de un moribundo en su lecho de muerte.

Sí, de un moribundo que sufre y llora sin párpados, que se pudre en el horror de haber sido traicionado por sus amigos.

Y él es el otro, el que ahora reconforta al doliente como un apóstol obscuro, el que le abre la boca y le hace beber agua de luz para apaciguar su sed, el que limpia con dulzura los gusanos en sus heridas, el que tararea una canción inconclusa...

* * *

Entonces, no es la oscuridad: son las diez de la mañana de un domingo. La

tierra huele a fruta, a pan recién horneado. Los niños de algún vecino juegan en el jardín, sus risas son enjambres entre las ramas de un árbol. El está en cama, en su laboratorio recurrente, desentrañando lo impalpable en la piel su mujer, hembra complacida.

* * *

El silencio no es absoluto, nunca lo ha sido.

Un sinnúmero de minúsculas bombas-huevo estallan al unísono. El sonido sordo del cristal al romperse se amplifica a niveles intolerables.

El hombre se estremece. No obstante, tiene tanto miedo que no se atreve a abrir los ojos.

Tampoco tiene caso comprobar su muerte.

—Después de todo, ya estoy sepultado...

Súbitamente, en un destello de luz, el hombre recuerda la oda que Octavio entonaba en la adolescencia, cuando ambos hablaban poesía y no ecuaciones. Y como en aquel entonces, murmura uno de los versos en una despedida inevitable.

La vida es otra, siempre allá, más lejos...

*Para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme...*

Hombre muerto

La lluvia cesaba su ataque. El fulgor lejano de los últimos relámpagos resplandecía escasamente en el firmamento.

Eran las cuatro y media de la mañana. Alrededor de tres horas después de que el cañón de fotones fuera accionado. Sin embargo, el experimento no había concluido.

Los histéricos gritos de Octavio rompían el silencio.

—¡La caja se movió! —insistía.

Aquello era imposible: la caja estaba fija en el suelo, el material de fabricación era sumamente pesado: plomo y otras aleaciones.

—¡Mentiroso! —exclamó Caeiro. En seguida, sus labios esbozaron una sonrisa nerviosa.

—¡Lo juro! —Octavio señalaba con su dedo índice en dirección a la caja—. ¡Se ha movido! ¡El hombre debió moverla!

¿Efectos del alcohol y el desvelo? Incluso Niels dudaba en la palabra de su compañero de investigaciones.

—Es absurdo —Albert enfatizó colérico. Lo repetiré: el hombre está muerto...

¡MUERTO!

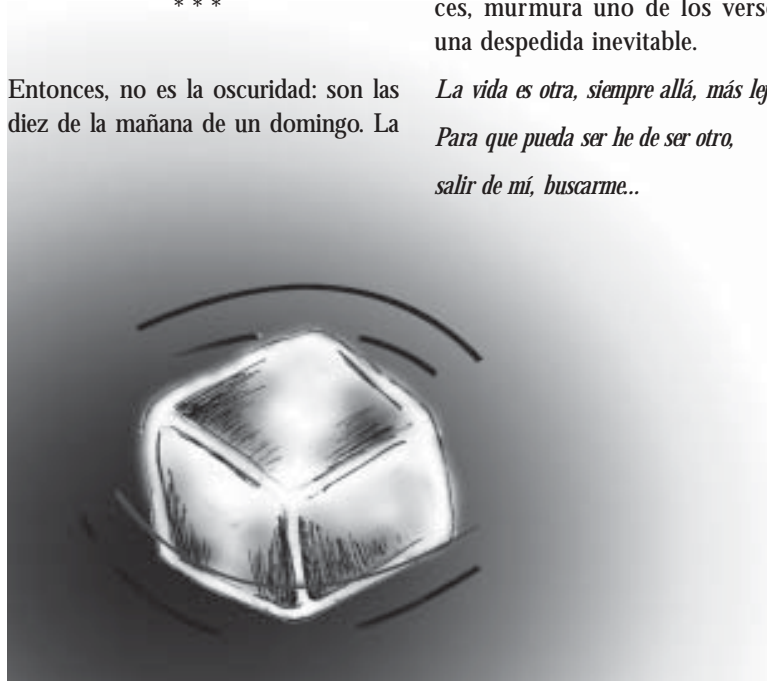
Casi de inmediato y en respuesta a aquella lapidaria sentencia, una voz brotó a través de las paredes de la caja.

—¿Albert? ¿Albert? ¿Eres tú...?

La voz dentro de la caja era punzante, hería el oído y el pensamiento. Por un segundo, Albert sintió que su sangre manaba como vidrio molido hacia su corazón. Los demás se miraron a los ojos, boquiabiertos.

—¡Es Schrödinger! —exclamó Gell-Mann frenético.

—¿Schrödinger? titubeó Albert. Algo en la voz no le resultaba del todo familiar—. ¡Por el amor de Dios?



¿Schrödinger, te encuentras bien?

La respuesta no se hizo esperar.

—La piel me arde... y estoy ciego... mis ojos son arena...—la voz hizo una pausa, después de unos instantes continuó. Esta vez, su acento estaba lleno de una extraña evocación—. Albert, estoy muerto...

Las palabras multiplicaron el desconcierto en el eco de la habitación.

Estupefacto, Albert se aventuró a preguntar:

—¿Cómo sabes eso?... ¿Cómo sabes que estás muerto?

Cuando la voz respondió, un horror inaudito se apoderó del grupo.

—Hay alguien aquí conmigo, Albert. Es él quien me lo ha dicho —Caeiro cubrió sus oídos con sus manos, no deseaba seguir escuchando. A su lado, Niels estuvo a punto de imitarlo, pero al igual que Gell-Mann, reprimió su ansiedad.

Albert, ¿cómo pudieron hacernos esto?...

Inconcebible: la caja apenas y tenía espacio suficiente para contener a un hombre en posición fetal. Tal vez, de alguna caprichosa manera, Schrödinger había sobrevivido al veneno; sin embargo, el suceso debió enloquecerlo.

Pero, ¿cómo era que la voz...?

—¿Y ahora, qué debemos hacer?

—Octavio temblaba como un niño.

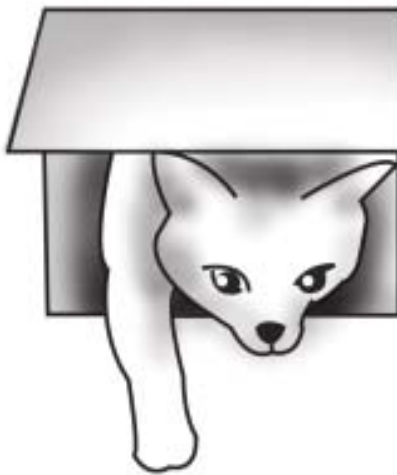
Albert trago saliva.

—Debemos abrir la caja.

—¡No podemos mirar! —objetó Niels interponiéndose entre sus compañeros y la caja—. ¡Si lo hacemos se colapsarán los estados! ¡Además, no sabemos qué puede ocurrirnos a nosotros!

Albert empujó a Niels, su juventud y fuerza se impusieron.

—¡No me interesa! ¡Abre esa maldita caja! ¡El pobre hombre ya ha sufrido de-



masiado! ¡No podemos dejarlo dentro!

—¡Déense prisa! —clamaba la voz. ¡Déjenos salir!

Niels, obligado por Albert, se aproximó con cautela a la caja, pero enseguida cayó de espaldas y lanzó un chillido.

Delante suyo, movida por una voluntad irascible, la caja saltaba y daba violentos tumbos en el aire. Como si alguien la arrojara desde unas escaleras muy altas, una y otra vez sin descanso.

Todavía no lograban recuperarse de la impresión cuando la caja, suspendida a pocos metros del suelo, comenzó a dilatarse y a girar sobre su eje a una velocidad insólita. Debido a la presión ejercida, los candados se torcieron y reventaron; entonces, la caja al fin reveló su contenido.

Instintivamente, Niels, Gell-Mann, Octavio y Caeiro cerraron los ojos. Sólo Albert no lo hizo o no consiguió hacerlo.

Antes de lanzar un grito de angustia, la caricia de una insoportable energía recorrió las células de los científicos, como si dos fuerzas adversas fueran reveladas a un mismo tiempo, en un único torrente de luz y oscuridad, y el cerebro, los músculos y nervios, incapaces de soportarlo, estallaron en polvo luminiscente.

Una muerte ciega, casi indolora.

Para Albert, la visión resultaba aún

más letal: erguido junto a los restos de la caja, un cuerpo de arena emergía semejante a un cristo resucitado.

Pero no era Schrödinger.

No podía ser él. Sin embargo, allí estaba: de pie a escasos centímetros, extremadamente demacrado, con la mirada vidriosa, descompuesta en un gesto de asombro y odio.

De inmediato, Albert quiso acercarse, tocar esa piel sin vida y descubrir en aquel Schrödinger adimensional algún vestigio humano, saber de una vez por todas si Dios hacía trampa en su propio juego. Nada más le importaba.

El otro lo imitó con igual impaciencia.

Pero no hubo respuestas. El encuentro se consumó en un alarido análogo repetido innumerables veces; alaridos sobrepuestos unos a otros independientes al tiempo y al espacio. Por un segundo, daba lo mismo estar vivo o muerto, cualquier punto podía ser el de partida para definir la continuidad del universo.

Y en otra realidad, Albert se descubriría a sí mismo fumando su pipa, ajeno a la lluvia tras la ventana y a las insidiosas riñas entre Octavio y Caeiro.

En cambio, para Schrödinger, proyectado en los dos extremos posibles del cosmos, sería la misma rabia, el mismo asco y desánimo duplicados, siempre iguales y siempre en cierto modo diferentes... y esa canción, esos malditos versos repitiéndose en el vacío como una constante:

*Bien mirando no somos, nunca somos a solas
sino vértigo y vacío,
muecas en el espejo, horror y vómito, nunca la
vida es nuestra, es de los otros...
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia, no soy,
no hay yo...
¿La vida, cuándo fue de veras nuestra?*